

ALFAGUARA


Didier van
Cauwelaert

Sin identidad

Traducción de María Fernández Soto

He llamado al timbre de mi casa y me ha contestado un desconocido. Sorprendido, me he quedado mirando la rejilla del telefonillo.

—¿Sí? —repite la voz.

—Perdone, me he equivocado.

El zumbido de fondo se interrumpe. Los botones están muy cerca unos de otros; he debido de pulsar el del vecino al mismo tiempo que el mío. Coloco el dedo encima de mi nombre con cuidado y aprieto el rectangulito negro.

—¿Qué quiere ahora? —se impacienta la voz.

Está claro que las conexiones están mal. O que es uno de los obreros que ha venido a dar un último repaso.

—¿Es el tercero izquierda?

—Sí.

—¿Está mi mujer?

—¿Quién es?

Estoy a punto de aclarar que soy Martin Harris cuando la puerta se abre y del interior del edificio surgen un hombre y una mujer. Los dos llevan móvil y van escuchando sus mensajes. Cruzo el portal y me precipito al interior del ascensor de madera que sube traqueteando con lentitud hasta el último piso.

El rellano está a oscuras. Busco a tientas el interruptor de la luz y luego pulso a fondo el timbre de mi casa. La puerta del vecino se abre casi enseguida.

Un viejecito me espía por encima de la cadena. Le doy los buenos días. Él me responde, con un tono entre culpable y desconfiado, que todos los timbres suenan igual. Le doy la razón, le explico que no tengo llaves y al escuchar el ruido de mi puerta que se abre me giro. Un hombre en pijama escruta mi rostro a contraluz. Las palabras se niegan a salir de mi garganta.

—¿Es usted el que ha llamado al telefonillo?

Le pregunto qué hace ahí.

—¿Cómo que qué hago aquí?

—En mi casa.

—¿En su casa?

La sinceridad de su sorpresa me desarma. Concentrándome en su rostro, cuyos rasgos empiezan a ser discernibles, le explico, haciendo un esfuerzo por mantener un tono de voz neutro, que soy el señor Harris. Su sobresalto es evidente. Las ideas se me agolpan en la cabeza, desde las más irrisorias a las más demenciales. Mi mujer ha conocido a otro hombre y le ha dejado instalarse aquí mientras yo estaba en el hospital.

—¡Liz!

Los dos la hemos llamado al mismo tiempo. Aparece en el umbral del cuarto de baño vestida sólo con unas bragas y una camisa negra. Doy un paso con intención de entrar en el piso, pero el desconocido se interpone. Ella pregunta qué es lo que pasa. Le pregunta *a él* qué es lo que pasa.

—Nada —responde—. Una equivocación.

Mi mujer me mira. Pero no de la manera en la que lo haría una esposa sorprendida en flagrante delito de adulterio, sino como una desconocida a la que me hubiera acercado por la calle, a la que estuviese molestando y que hubiera decidido ignorarme.

—Encárgate tú —le dice.

Y desaparece dentro de la cocina. Intento seguirla pero el hombre cruza un brazo por delante de mí. Grito:

—¡Liz! ¿Se puede saber a qué estás jugando?

—¡Deje en paz a mi mujer!

¿*Su* mujer? Me quedo boquiabierto y mi arranque de genio se disuelve ante su aplomo. Tiene más o menos mi edad, pero es más delgado, con la voz mejor timbrada, la cabeza cuadrada, el cabello rubio revuelto y el pijama de Hermès que Liz me compró en el aeropuerto Kennedy. Le hago bajar el brazo de un puñetazo.

—¿Está mal de la cabeza o qué?

—¿Tiene algún problema, señor Harris?

Me doy la vuelta. El vecino sigue asomado detrás de la cadena.

—No, no pasa nada, señor Renaudat —responde el otro—. Ya está solucionado.

Les miró primero al uno y luego al otro, incrédulo.

—¿Está seguro? —insiste el vecino.

—Sí, sí. No ha sido más que un malentendido. Perdone que le hayamos despertado. No creo que haga falta alborotar a todo el edificio, ¿no? —continúa a media voz mirándome fijamente, como para convencerme de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo—. Venga, pase, vamos a aclarar las cosas...

Le agarro por el pijama y le arrastro hasta el descansillo.

—Lo que tiene que hacer es salir usted de mi casa, ¡ya! ¡Y las cosas las aclaramos en público!

—¡Martin! —grita mi mujer.

El otro se suelta con un revés de la mano. Antes de que me dé tiempo a reaccionar la puerta se ha cerrado delante de mis narices. Me acerco al viejecillo, que retrocede con rapidez, pega un portazo y cierra con dos vueltas de llave. Conteniendo mi estupor, intento hablar con la naturalidad apropiada para semejantes casos. Buenos días, señor Renaudat, perdone que le moleste, soy su nuevo vecino, aún no hemos tenido ocasión de conocernos. Me grita que me vaya o llama a la policía.

Me quedo paralizado en medio del silencio de la escalera. Sin respuesta ante el absurdo. ¿Cómo justificar lo evidente cuando todo el mundo lo niega y no tienes más pruebas que tu buena fe? Yo quiero a mi mujer, ella me quiere, nunca nos hemos peleado delante de testigos, no la he engañado más que una vez en diez años de matrimonio y fue algo profesional, sin más, con una colega en un congreso de botánica, mi mujer nunca supo nada, estábamos muy ilusionados con nuestra nueva vida en París... ¿Qué significa esto? Vuelvo a casa y de repente me encuentro en una situación propia de un programa de cámara oculta. Busco a ver si hay micrófonos en el descansillo, dónde está el objetivo, si se ven reflejos detrás de algún espejo... Pero ¿quién iba a montar semejante emboscada y por qué iba a participar Liz en un juego así?

La luz de la escalera se apaga. Me apoyo en la pared para recobrar el aliento. Tengo la garganta agarrada, la cabeza vacía y en el estómago esa mezcla de angustia y de alivio que se siente después de comprobar que se ha cumplido un mal presagio. Llevo intentando llamar al móvil de mi mujer desde que me desperté. He estado ausente durante una semana y ella

no se ha preocupado, no ha denunciado mi desaparición, no ha acudido a la policía, donde le habrían indicado en qué hospital me encontraba y que estaba en la unidad de reanimación. Y ahora finge ser la mujer de otro.

Inmóvil en la penumbra del rellano, me quedo mirando fijamente la puerta, esperando que vuelva a abrirse y que Liz se eche a reír, me presente a su cómplice y me salte al cuello gritándome inocente. Aunque estamos a 30 de octubre. Y gastar bromas no es su estilo. Tampoco echarse un amante. O eso creía yo. En sólo dos minutos me han expulsado de mi casa y he perdido todas las certezas que pudiera tener.

Y entonces de repente lo entiendo todo y al darme cuenta de lo tonta que es la situación no puedo evitar sonreír. Liz se ha pensado que la había dejado plantada sin más, por un capricho, que me había marchado sin decirle nada con la rubia que iba sentada con nosotros en el avión, al lado de la ventanilla, y que estuvo flirteando conmigo mientras sobrevolábamos el Atlántico. Estaba convencido de que mi mujer no se había percatado de nada, con los dos somníferos y el antifaz... Es verdad que durante el aterrizaje su actitud me resultó bastante extraña, pero Liz siempre pone mala cara cuando hay una mujer más joven delante. Mientras salíamos del aeropuerto intenté hacerla sonreír, pero ella me contestó con una voz durísima: «Me encanta tu discreción». Además, cuando me agaché para recoger el cinturón de su impermeable cerró la puerta del taxi aprovechando que yo aún tenía la mano fuera.

—Liz, escucha, no es lo que tú crees... He tenido un accidente de coche, he estado tres días en coma, estoy

bien, no me han quedado secuelas, pero en el hospital se han empeñado en que permaneciera en observación... Llevo intentando llamarte desde que recuperé el conocimiento, tu móvil no funciona bien... ¡Oye, ábreme! ¿A qué viene esto? Estoy reventado, me duele la mano, necesito darme una ducha... ¡Liz! ¡Ábreme ya, joder!

No hay respuesta. Silencio total en el interior del piso. Por mucho que aguace el oído lo único que oigo es el ruido que hace el ascensor a mis espaldas. Arremeto contra la puerta a patadas.

—¡Déjate ya de numeritos! ¡No estoy para tonterías! ¡Abre la puerta o la tiro abajo! ¿Me oyes?

Un tipo enorme surge del ascensor y me agarra por la cintura.

—¡Tranquilo!

—¿Qué hace?... ¡Suélteme!

—¡Todo solucionado, señor Renaudat, le tengo controlado!

Ruido de cerrojos en la casa del vecino. La puerta vuelve a abrirse y el anciano chilla:

—¿Para qué estamos pagando un telefonillo y un portero si aquí puede entrar cualquiera?

Grito que éste es *mi* edificio.

—¡Estese tranquilo! —responde el tipo estrujándome las costillas.

Le da las gracias al vecino por haberle avisado y me pregunta qué quiero del señor Harris.

—¡Pero si el señor Harris soy yo!

La tenaza de sus brazos se relaja, pero vuelve a apretar de inmediato. Llama al timbre de mi casa con la barbilla y luego pregunta:

—Buenos días, señor Harris, perdóneme, pero ¿se trata de un miembro de su familia?

—¡Por supuesto que no! —responde el hombre desde detrás de la puerta—. No le he visto nunca.

—¿Y bien? —me grita el portero como si ésa fuera la prueba de que estoy mintiendo.

—¿Y bien qué? ¡Yo tampoco le he visto nunca, no le conozco!

—Pero yo sí le conozco, es el señor Harris, vive aquí y yo soy el portero del edificio, ¿vale? De modo que o te largas de aquí ahora mismo o aviso a la policía.

Me libero de un movimiento seco y le agarro por las solapas del polo.

—¡Pues avísela de una vez! ¡Llame ya, venga! ¡Este tipo se está haciendo pasar por mí y mi mujer es su cómplice!

Su rostro de bruto ni se inmuta.

—¿Tiene aquí la documentación?

Introduzco la mano de manera refleja en el bolsillo trasero del pantalón pero inmediatamente la vuelvo a dejar caer. Le explico que he tenido un accidente y he perdido la cartera.

—¡No deje que le enrede! —grita el vecino—. ¡Es uno de esos drogadictos, mire qué pinta tiene!

Estoy a punto de contestar que tengo la pinta que tendría cualquiera que acabase de salir del hospital, pero prefiero cerrar la boca. Van a pensar que me he escapado de un manicomio. Me giro de nuevo hacia mi puerta y exclamo con voz suplicante:

—¡Liz, te quiero! Déjalo ya... ¡Diles quién soy!

Le hablo en inglés. Mi mujer es de Québec y siempre hablábamos en francés entre nosotros en Greenwich; nos proporcionaba una intimidad que ahora intento reproducir a la inversa en medio de esta escalera. Le juro que no hay nadie más que ella en mi

vida. Sigo sin obtener respuesta. Sorprendo al portero y al vecino mirándose de reojo. ¡No me puedo creer que estén todos compinchados! Pero más que una señal de connivencia su cruce de miradas parece esconder otro sobrentendido. Es el tipo de ojeada que intercambian dos misóginos en presencia de una mujer a la que acaban de catalogar en la categoría de las golfas: la buena señora se ha tirado a un tipo sin decirle que estaba casada, él le monta un escándalo por celos y ella finge no conocerlo.

—Venga, amigo —me dice el portero en un tono de voz más dulce—. Está claro que no quiere saber nada de ti.

Sostengo su mirada durante un instante y luego asiento, desconcertado por ese brillo tan humano que ha cruzado por sus ojos de buey. Como si se identificara conmigo, como si se hiciera cargo de la incompreensión y el rechazo que provocho. Esa mano que me da palmaditas en el hombro contiene toda la solidaridad de los borrachines que se inventan otras vidas apoyados en la barra del bar después del trabajo.

Me empuja al interior del ascensor. Yo no opongo resistencia.

—Y que no te vea más dando vueltas por aquí, ¿vale, buen hombre? —masculla con auténtica dulzura, una vez llegados a la planta baja—. Si no, voy a tener que echarte a gorrazos. A los vecinos de esta casa no les gustan las historias raras.

Nota cómo su mirada me acompaña mientras camino hacia la puerta acristalada del edificio. Cuando por fin escucho cómo se cierra a mi espalda, me giro y tras mi reflejo transparente le veo entrar en la portería.

—¡Paso! —grita un crío con patines que pasa rozándome.

Los ruidos de la calle se van recomponiendo a mi alrededor. Un camión de la basura, una perforadora, los peatones, los cláxones. Todo normal. Todo está como antes. Me miro en el cristal de la puerta y sigo siendo el mismo. Con mi silueta rechoncha, mi aspecto desordenado, mi pelo tieso y mi cara tan vulgar. No me costaría mucho convencerme de que no ha pasado nada. Acabo de llegar a mi casa, llamo, Liz me abre y nos arrojamos el uno en los brazos del otro. Pero ¿dónde estabas? Me estaba volviendo loca de preocupación, ¿qué te ha pasado? Y entonces yo le hablo del accidente, del coma, del despertar, de que su móvil no funcionaba, ella me hace un café y luego regresamos al hospital a pagar la factura. La escena que reproduzco una y otra vez en mi cabeza desde que recuperé el conocimiento. La que debería haber tenido lugar. Mi dedo índice vacila ante mi nombre escrito sobre la tecla negra. Finalmente doy media vuelta y abandono mi calle.

Camino como un autómatas entre la gente que circula con prisas y los turistas, buscando a mi pesar un rostro conocido, un comerciante que pudiera haberme visto con Liz, un testimonio cualquiera al que agarrarme. Pero no hay más que anticuarios y tiendas de ropa. Giro a la derecha y me dirijo a la farmacia que me indicaron la semana pasada. Busco a la chica que me vendió la mano. La describo. Está de vacaciones. Salgo otra vez a la calle, vuelvo sobre mis pasos y cruzo por delante del escaparate de la oficina de France Télécom en la que Liz compró nuestros móviles. Un par de tarjetas prepago Mobicarte sin contrato, es de-

cir, nada que pudiera dejar huella en la mente del vendedor. Además, cuando yo llegué, con la mano recién vendada, ella ya había pagado.

Entro en el primer café que veo y me dejo caer en una silla. Me encuentro mal. La cabeza me da vueltas, las ideas se me enmarañan y siento un cansancio inmenso. Entre los medicamentos que me han dado, la vacuna contra el tétanos, lo que acaba de ocurrirme... No me siento el mismo. Es como si el hecho de que me hayan negado así, de que hayan atacado mi identidad, tuviera algo de contagioso. «Comprobaré —me dijo el neurocirujano— que algunos recuerdos se le habrán borrado, o si no, puede que tarde un tiempo en recuperarlos». Pero no es verdad, está todo aquí, ordenado, en su sitio. Es algo terrorífico estar tan seguro de algo y sin embargo carecer por completo de argumentos. Mi memoria está aquí, intacta, pero da vueltas en un vacío, sin percibir ningún eco, sin establecer contacto con nada, aislada.

Con los codos apoyados sobre el velador y la cabeza entre las manos, aspiro profundamente el olor a cerveza y a restos de ceniza para asirme al presente y ahuyentar la visión que me obsesiona. Mi mujer me ha mirado como si fuera un desconocido. Y parecía sincera. Un grupo de pintores de brocha gorda, llenos de vida, de manchas y de restos de escombros, bromea a voces junto a la barra. Hago un rápido repaso de las personas con las que he hablado desde que estoy en suelo francés y que podrían confirmar que yo soy yo. Está el policía del control de pasaportes, pero no le presté atención y no sé qué cara tiene; el taxista coreano que nos trajo hasta aquí, pero no guardé el recibo; y por último la taxista con la que tuve el accidente, claro, pero

ella no sabe más de mí que lo que yo mismo le he contado, igual que los trabajadores del hospital.

—¿Qué va a ser?

Me quedo mirando al camarero. Sería inútil preguntarle si me reconoce. Liz y yo nos sentamos aquí un rato, aún cargados con las maletas, para abrir las cajas de los teléfonos. Habíamos quedado con el propietario del piso, pero al cabo de cinco minutos me di cuenta de que me había olvidado el ordenador en el aeropuerto. Liz se quedó aquí para recoger las llaves, y yo cogí un taxi al vuelo. Luego vinieron el accidente, el coma, el despertar.

—¿Qué desea tomar? —insiste el camarero.

Titubeo. Ya no sé lo que quiero. Ya no sé lo que me gusta.

—Algo fuerte.

—¿Coñac? Tengo uno de una añada magnífica que nos acaba de llegar, a ver qué le parece.

Con tono seco le respondo que el coñac no tiene añada. Su sonrisa se apaga. No tengo nada contra él pero la mera idea de la mentira hace que una rabia incontenible me atenace la garganta. Leo en sus ojos que tengo acento extranjero, que el francés es él y que por qué me meto en lo que no es asunto mío.

—Una Coca-Cola —digo, para borrar el incidente—. Con ron.

—Un cubalibre —traduce él, en una voz sin inflexiones.

Se marcha. Estiro un poco el traje que me ha arrugado el portero, me bajo las solapas y remeto la camisa. La herida me duele, los dedos se me han vuelto a hinchar a pesar del vendaje. Un milagro que me librara con una simple fractura de falanges, repetía el

médico, pensando que mi problema era consecuencia del accidente. Pero el dolor se irradia hasta la nuca; a lo mejor tengo algo más grave y no lo han detectado. Estaba tan a gusto en coma. Mi único recuerdo de esas setenta y dos horas es el de una sensación de paz, de mullido bienestar, que me retrotraía a esas mañanas de mi infancia en Disneyworld en las que me quedaba hasta tarde en la cama, escuchando el rumor del monorraíl suspendido sobre mi casa con la euforia dulce de saber que en cualquier momento podía emprender el vuelo y flotar entre los turistas que viajaban en el trenecito por encima de mi almohada... Un efecto del Xilanthyl, según me explicó el médico.

Luego recuerdo el rostro de Muriel inclinado sobre mi cama en el momento del despertar, su sonrisa de alegría, de alivio, sus lágrimas cayendo sobre mis mejillas..., la inevitable descarga de tensión nerviosa. En cinco años de taxi, yo era su primer accidente. No le había cedido el paso a un camión con prioridad, provocando así un choque lateral, que saliéramos despedidos contra el pretil y mi caída al Sena. Con una voz rota, lentísima, me iba recordando lo sucedido, marcando las consonantes, como se hace al hablar con los sordos y los viejos que han perdido un poco la cabeza. Si no salía del coma, había jurado que abandonaba la profesión. Aunque lo cierto era, añadió con franqueza, que mi regreso a la vida no iba a cambiar tampoco mucho su futuro. Infracción de quinto nivel, citación judicial y retirada del carnet. No me contó más cosas, pero no me costaba ningún trabajo leer lo que escondía su silencio. Recordaba algunas de las frases que había pronunciado, sentada junto a mi almohada: sus oraciones para que volviera a abrir los

ojos, sus angustias, su desánimo; todas las confidencias que dejó que escaparan de sus labios sin sentirse incómoda, puesto que se suponía que yo no podía oírla. Divorciada con dos niños a su cargo, con los que vivía en una ciudad mortuoria al norte de la circunvalación de París, maniatada hasta el fin de sus días al préstamo que le había permitido comprar la licencia de taxi. Un cuerpo enflaquecido por culpa de las preocupaciones, con unos músculos que se marcaban más de lo normal a través del jersey, cabellos negros sujetos con una pinza, rasgos cansados, sin maquillaje, unos ojos que sin duda habían reído y disfrutado en otro tiempo, pero que ahora no hacían más que conducir. Puede que fuera incluso bonita, detrás de su dureza a prueba de balas y sus heridas. Un ángel a prueba de minas anti-tanques con un defecto en el blindaje. Me había sacado del agua ella sola, al parecer. Ninguno de los testigos se arrojó al río, creyendo sin duda que era más urgente apuntar la matrícula del camión que se dio a la fuga.

Cuando salí del coma y pude proporcionar mi identidad, al ver que no conseguía contactar con mi mujer, Muriel se encargó de acercarse a comprobar que efectivamente vivía en la dirección que yo le había dado. La puerta del edificio estaba cerrada y no contestaban al telefonillo. Como los médicos consideraban que estaba en condiciones de recibir el alta, pero la administración del hospital se negaba a dejarme marchar si nadie se hacía cargo de la factura, Muriel me había obligado prácticamente a escaparme aquella mañana, porque, según ella, lo que el hospital proponía era una especie de secuestro con un rescate de mil euros por día: ella me llevaba a casa y ya volvería para

pagar cuando pudiera, sin más. Yo no paraba de darle las gracias y ella no paraba de pedirme perdón. Me condujo hasta la misma puerta del edificio en un taxi que le había prestado un compañero que se había ido de vacaciones. Me dejó su tarjeta por si necesitaba algo y en cuanto me vio hablando por el telefonillo arrancó. Sin duda tenía prisa por olvidarme ahora que me las podía apañar sin ella.

—No me queda ron —dice el camarero—. ¿Quiere una Coca-Cola sola o prefiere otra cosa?

—Una Coca-Cola.

—Por otra parte, en lo que respecta al coñac, le recuerdo que según la legislación está permitido que en la etiqueta aparezca el año de cosecha a partir de 1970 si el producto ha sido sometido al peritaje de la Audiencia de Burdeos, y si es de una añada anterior a 1970, siempre que la datación haya sido establecida mediante el carbono 14.

—Perdón, entonces. Que sea una Coca-Cola con coñac.

Sus airecillos competentes se evaporan transformados en una crispación de mandíbulas. Estoy a punto de preguntarle dónde está la comisaría más cercana cuando me doy cuenta de que no llevo dinero. En cuanto regresa a la barra salgo del local.

Localizo a un policía al otro lado de la calle, me explica cómo llegar a la comisaría y le doy las gracias. Él me sonrío. Permanezco un momento allí quieto, como pegado a esa sonrisa, disfrutando de una especie de felicidad clandestina. El policía no sabe quién soy pero no tiene ningún motivo para sospechar de mi identidad; le ofrezco confianza, da crédito a mis palabras. La insistencia con la que le miro difumina su

sonrisa. Gira la cabeza y se dirige a un coche aparcado en doble fila.

De repente, mi manera de reaccionar me asusta. Tengo que serenarme. Adoptar una actitud de seguridad. No es más que una broma de mal gusto, una crisis conyugal que se va a solucionar enseguida: exponer así nuestra vida privada me resulta muy desagradable, pero Liz no me ha dejado otra opción.